

LEOPOLDO O'DONNELL Y LA PRIMERA GUERRA CARLISTA

Alfonso BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA¹

RESUMEN

Al comenzar la Primera Guerra Carlista la gran mayoría de los oficiales del ejército absolutista de Fernando VII tomaron partido por su hija. Ello no tenía porqué significar que fuesen liberales, sino tan sólo que habían obedecido las órdenes de su rey. Entre estos oficiales cabe destacar a Leopoldo O'Donnell, posiblemente el militar isabelino que a la largo de la contienda hizo una más brillante carrera, pues la comenzó como capitán a los 23 años, y seis años más tarde, cuando aún no había cumplido los treinta, era teniente general y jefe del ejército isabelino del Centro, puesto en el que logró hacer frente con éxito a Cabrera. Sin embargo, su brillante historial en esta guerra se ha visto oscurecido, cuando no olvidado, por la relevancia de sus éxitos en la campaña de África de 1859-1860.

PALABRAS CLAVE: Leopoldo O'Donnell; Primera Guerra Carlista; Historia Militar.

¹ Catedrático de Historia contemporánea de la Universidad CEU San Pablo y Director del Instituto CEU de Estudios Históricos. abullon@ceu.es

ABSTRACT

At the beginning of the First Carlist War the majority of the officials in the absolutist Army of Ferdinand the VIIth took party for the King's daughter. This did not mean they were liberals, only they had obeyed their King's command. Among these officials it is remarkable the figure of Leopoldo O'Donnell who is possibly the member of the Queen Elisabeth's Army that during the war had the most outstanding career, as he started it as a captain at the age of 23 and six years later, when he was not even thirty years old, he was lieutenant general and Commander in Chief of Central Queen Elisabeth's Army, position in which he successfully confronted Cabrera. However his incomparable military career in this war has been obscured, if not forgotten, by the relevance of his triumphs in the African Campaign in 1860.

KEY WORDS: Leopoldo O'Donnell, First Carlist War, Military History.

* * * * *

Cuando pensamos es los generales isabelinos que se distinguieron en la Primera Guerra Carlista los primeros nombres que se evocan son los de Espartero y Fernández de Córdova. Si pensamos un poco más, enseguida afloran los de Narváez, Espoz y Mina, Quesada, Sarfsfield, Valdés, Diego de León, Oráa y el barón de Meer, y posiblemente no sea hasta un tercer momento cuando salgan a relucir Van Halen, Alaix, Rodil, O'Donnell, Nogueras y otros varios. Y sin embargo, en el caso de O'Donnell estaremos cometiendo una gran injusticia, pues mientras no se demuestre lo contrario su trayectoria durante la contienda fue la más brillante de la de todos los generales del ejército isabelino, pues en menos de seis años ascendió de capitán a teniente general, grado que obtendrá antes de alcanzar la treintena.²

Su biografía militar, en el primer periodo de su carrera, es incomprendible fuera de los parámetros del Antiguo Régimen, donde era posible entrar en el ejército directamente de coronel, y sin tener la menor experiencia militar. Tal fue el caso, por poner un ejemplo, de Prudencio de Guadalfajara, en esos momentos ya primogénito del conde de Castro Terreño, que el 2 de octubre de 1794, con tan sólo 23 años, fue nombrado coronel de infantería del regimiento de Mallorca. O el de Francisco de Paula Bernuy Balda, primogénito del marqués de Valparaíso, que entró en la guardia de Corps en 1791, cuando tenía cuatro años, y en 1807 fue nombrado “alférez del Real cuerpo de guardias de la persona del rey. Brigadier de caballería” sin haber llegado a cumplir los veinte años, pero cuando ya podía alegar dieciséis de servicios. El 14 de julio de 1814, pese a haber pasado prisionero la mayor parte de la guerra de la Independencia, ascendió a mariscal de campo, lo que consolidó su carrera anterior y puso la base de la posterior.³

El caso de Leopoldo O'Donnell no fue tan escandaloso, pero sí estuvo alejado de los estándares que hoy en día consideraríamos normales. Hijo del general Carlos O'Donnell, el 30 de octubre de 1819, cuando contaba diez años, ingreso en el regimiento de infantería Imperial Alejandro en la clase de subteniente, obtenida “por gracia especial”, y “prestando el servicio de guardias y guarniciones hasta fin

² Narváez, que también comenzó la campaña como capitán, era nueve años mayor que O'Donnell, y al concluir la guerra tan sólo era mariscal de campo, pese a que había alcanzado una gran celebridad por su labor al frente del ejército de reserva. En cuanto a Diego de León, que tan sólo era un par de años mayor, hay que resaltar que al comenzar la guerra era ya comandante, y tenía experiencia bélica, lo que no ocurría en el caso de O'Donnell.

³ Estos casos y alguno más pueden verse en BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: “Nobleza y Milicia en la España Contemporánea”, en *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, núm. 89, 3/2015, p. 69 y ss.

del año de 1821.” En julio de 1822 marchó a Francia, en compañía de su madre, para unirse a su progenitor, que se hallaba emigrado en el país vecino al ser uno de los más destacados jefes absolutistas. En el camino fueron detenidos por las autoridades liberales y llevados a Peñafiel y Tordesillas, donde permaneció arrestado mientras se le abría la pertinente causa. Al entrar en España los cien mil hijos de San Luis escapó de Valladolid, presentándose al ejército realista en Burgos el 25 de abril de 1823 e ingresando en la plana mayor de la división de Castilla como ayudante del general en jefe, puesto en el que continuó durante el resto de la campaña, en que tuvo ocasión de asistir al sitio y rendición de Ciudad Rodrigo. En 17 de mayo “ascendió a teniente por elección”, no debiendo olvidarse que sobre no haber participado en ningún combate tenía entonces tan sólo 14 años. El 15 de abril de 1825 ingresó en el tercer regimiento de granaderos de la Guardia Real de Infantería, y hasta 1826 desempeñó el servicio que en dicho cuerpo le correspondía. En 1827 formó parte del ejército de observación del Tajo al mando del general Sarsfield, marchando a la frontera portuguesa, pero luego fue enviado a Cataluña con motivo de la revuelta de los agraviados, entrando en Barcelona para dar guardia a Fernando VII. El 15 de abril de 1828 ascendió “por antigüedad rigurosa”, a capitán del 4º regimiento de la Guardia Real, lo que no estaba mal para alguien que tan sólo tenía 19 años. A partir de aquí su biografía militar podría haber sido de lo más normal, y confundirse con la de centenares de oficiales de su época, pero la guerra carlista lo cambió todo.⁴

Si bien las divisiones ideológicas entre miembros de una misma familia son frecuentes en el siglo XIX español, en el caso de los O'Donnell Anethan, generación de los padres de Leopoldo, las posiciones no podían haber estado más repartidas, pues tal y como puede verse en la biografías que se reproducen en el tomo correspondiente del *Diccionario Biográfico Español* de la Real Academia de la Historia, dos de sus tíos fueron liberales y otro de sus tíos, y su padre, fueron absolutistas.⁵ Llegado el momento de

⁴ El resumen que hemos hecho de su hoja de servicio se ha sacado de los datos proporcionados por CHAMORRO BAQUERIZO, Pedro: *Estado Mayor General del Ejército Español*, Madrid, R. Santacana, 1852, tomo I, *sección de capitanes generales*, pp. 227-228.

⁵ Otros dos hijos habían muerto durante la guerra de la Independencia, luchando contra los franceses o prisioneros de los mismos. *Cfr.* ALFARO, Manuel Ibo: *Apuntes para la historia de D. Leopoldo O'Donnell*. Madrid, Imprenta del indicador de los caminos de hierro, 1868, pp. 38-39.

la Primera Guerra Carlista, sus hermanos Carlos,⁶ Juan José⁷ y Enrique,⁸ al igual que él oficiales de la Guardia Real, se unieron a las filas carlistas, mientras que Leopoldo optó por las de Isabel II. Para que el panorama sea más completo hay que añadir que su único cuñado, el también capitán de la

⁶ El más importante de los O'Donnell carlistas fue su hermano mayor, Carlos Luis, que era coronel de caballería de la guardia antes de que comenzase la guerra y que falleció como consecuencia de las heridas experimentadas en el campo de batalla el 17 de mayo de 1835. Sobre él puede verse el interesante artículo de GALLEGO, José Antonio: "Un nombre para la historia. Carlos Luis O'Donnell Joris", en *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, núm 20, 1992, pp. 31-42. Según PIRALA, Antonio: *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista, segunda edición, refundida, y aumentada con la historia de la regencia de Espartero*. Madrid, Imprenta del Crédito Comercial, 1868, tomo II, pp. 244-245 a él se debe la expresión "ojalateros", que tan corrosiva estaba llamada a ser en el ejército de Don Carlos: "El oficial de caballería carlista, don Carlos O'Donnell, joven, valiente, instruido y gracioso decidor, volvía en una ocasión de un hecho de armas, y algunos de sus amigos que no las manejaban, al oírle referir el suceso le contestaron: "¡ojalá hubiesen Vds. atacado por tal o cual parte! ¡ojalá hubiesen Vds. hecho tal o cual movimiento! ¡ojala!... Pero les interrumpió O'Donnell replicando con viveza:

-Siempre están Vds. con ojalás, ¿son Vds. *ojalateros*?"

Esta expresión corrió de boca en boca, y desde entonces era *ojalatero* todo el que no militaba, y como esta ocupación era la principal y más necesaria, ese nombre parecía imprimir un baldón a todos los que, pudiendo, no tomaron las armas, y el espíritu de partido adoptó luego este epíteto como un medio de herir, como hirió, a clases y personas respetables.

Si al pasar los batallones por un pueblo o sus inmediaciones, veían los voluntarios entre las gentes que salían a verlos, alguno que le creyesen *ojalatero*, principiaban a decir los unos: *¡ojalá ataquen!* y contestaban otros: *y ganemos*. Esto producía la hilaridad en las filas, que comunicándose desde la cabeza a la cola eléctricamente, se convertía en una gritería infernal, haciendo que desapareciesen los *ojalateros*, y los que no lo eran, para que no se les tuviera por tales. Aun entre los mismos navarros, ocurría algunas veces el que, si un oficial o un voluntario, cualquiera, que había estado curándose de sus heridas, no se presentaba en las filas en cuanto dejaba las muletas, se le llamaba, si bien en tono de chunga, *ojalatero*, por sus mismos convecinos y amigos, y muy particularmente por las muchachas del pueblo. Todo revelaba en aquellas decididas gentes el empeño común, el deseo vehemente de que se pelease sin tregua ni descanso para vencer; más luego degeneró dolorosamente la *ojalatería*, haciéndola valer como arma de partido; luego se quiso que los que no pertenecían a cierta fracción fuesen *ojalateros*, *los ojalateros*, *transaccionistas*, y *estos*, *traidores*. Tanta animosidad para juzgar de las personas, y tan poco discernimiento para saberlas conocer fue sumamente ruinoso a la causa carlista."

⁷ Marchó con la expedición de Guergué a Cataluña y fue hecho prisionero por los isabelinos durante el bloqueo de Olot. Meses más tarde fue asesinado en Barcelona junto con otras decenas de prisioneros carlistas y su cadáver, al que los liberales cortaron la cabeza, arrastrado por las calles de la ciudad.

⁸ Único de los tres O'Donnell que sirvieron al Pretendiente que acabó con vida la guerra, aunque estuvo a punto de perderla cuando, tras acogerse al convenio de Vergara, se unió a las tropas del ejército del Norte que marcharon contra Cabrera, pues en uno de los combates fue gravemente herido por sus antiguos correligionarios.

Guardia Real Luis Coig, casado con su hermana Beatriz, falleció el 5 junio de 1837 en el paso del río Cinca, durante el transcurso de la expedición real.⁹

Con el paso de los años ha habido muchos aspectos de la Primera Guerra Carlista que han ido quedando en el olvido, y ello explica que tienda a identificarse ser isabelino con ser liberal, identificación que tendrá sentido cuando vaya avanzando la guerra, pero no en su comienzo. En octubre y noviembre de 1833 el ejército que reprime la insurrección carlista, y que está a punto de poner fin al conflicto, no es un ejército liberal, sino el ejército absolutista que había servido fielmente a Fernando VII, y lo siguió sirviendo después de su muerte al apoyar, como era su voluntad, a su hija Isabel. Nadie puede pensar que todos los que habían sido absolutistas hasta el 29 de septiembre de 1833, día de la muerte del monarca, se levantaron liberales al día siguiente. De ahí el manifiesto redactado por Zea Bermúdez, y firmado por la viuda del monarca, en que ésta se comprometía a mantener la religión y la monarquía, “primeros elementos de vida para España”, en “todo su vigor y toda su pureza”. Dicho manifiesto, muy criticado en su día por los liberales, fue considerado por Balmes un extraordinario acierto, y “uno de los mayores obstáculos que impidieron el triunfo de D. Carlos”, pues sirvió para tranquilizar a los muy numerosos e influyentes partidarios de absolutismo: “Si a la muerte del rey hubiese manifestado el gobierno la menor tendencia a instituciones liberales, si hubiera cometido el error de incitar la efervescencia del momento con algún acto en que el trono se hubiese comprometido a concesiones alarmantes, la explosión ya de si muy fuerte, hubiera sido mucho más terrible, como más extensa, vigorosa y repentina” y en tal caso: “Los hombres que tanto han declamado contra el manifiesto, tal vez hubieran tributado sus elogios al ministro, pero quizás habrían tenido que hacerlo desde los muros de Cádiz o Barcelona”.¹⁰

No hay desde luego ningún motivo para pensar que, nada más ni nada menos que la Guardia Real de Fernando VII, se fuese a adherir a la sucesión femenina porque se había hecho liberal. La Guardia Real de Fernando VII se adhirió a la sucesión femenina, en la medida en que lo hizo, porque así se

⁹ ALFARO: Op. cit., p. 42 indica que este episodio tuvo lugar tras la inexistente batalla de Fraga, que es como denomina a la de Barbastro. Una documentada minibiografía, elaborada por Juan Coig, puede consultarse en internet: <http://www.familiacoig.es/index.php/primera-generacion-espanola> Sobre las circunstancias del paso del río puede verse BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: *Auge y ocaso de Don Carlos. La expedición Real*. Madrid, Arca de la Alianza Cultural, 1986, pp. 85-86, donde se reproduce un manuscrito del general carlista José Antonio Sacanell en que se cuenta que “tuvimos el dolor de perder el 2º ayudante de E.M. D. Luis Coig, muerto ahogado al vadear el río.”

¹⁰ BALMES, Jaime: *Escritos políticos de D. Jaime Balmes. Colección completa, corregida y ordenada por el autor*. Madrid, Imprenta de la Sociedad de Operarios del mismo Arte, 1847, p. 20.

lo ordenó su rey absoluto, y porque en principio su hija podía seguir siendo tan absoluta como él.¹¹

Uno de los mejores testimonios de porque muchos oficiales de la guardia contrarios a las instituciones liberales, e incluso recelosos de la sucesión femenina, apoyaron a Isabel II, es el que nos ofrece uno de sus miembros, Fernando Fernández de Córdova, hermano del vencedor de Mendigorria, en sus *Memorias íntimas*: “Mi hermano ejercía, en efecto, sobre mí una influencia decisiva. No veía en él nada que no me entusiasmara y en que no reconociera una superioridad que consideraba como una especie de religión. [...] Sin él y sin la recomendación de Fernando VII, yo hubiera sido carlista. Lo digo ingenuamente. A esta bandera me conducían entonces mis simpatías personales por aquella rama de la familia Real.” Más adelante añade Córdova que muchos oficiales de la guardia se pasaron a los carlistas y que otros, “como O'DONNELL, Roncali, Aymerich y Malvar, de ideas reconocidamente absolutistas, las sacrificaron al sentimiento de la disciplina, y combatieron y murieron en defensa de una causa contraria a sus convicciones honradas. ¡Admirable ejemplo de honor militar y de fidelidad a las banderas! Los oficiales facultativos, y muchos que procedían del Colegio general, creyeron, como mi hermano, que sólo podía respetarse la memoria y la voluntad del monarca difunto, defendiendo los derechos por él reconocidos de su propia hija.”¹²

De tener razón Fernández de Córdova, y no veo motivo para que así no fuera, Leopoldo O'Donnell, que es el único O'Donnell al que puede hacer referencia el texto anterior, se unió en 1833 a las filas isabelinas no porque fuera liberal, sino porque era un absolutista fiel a su rey y a su regimiento.¹³ Ahora bien, y tal como sucedió con Fernández de Córdova, en algún

¹¹ Nada más producirse la caída del ministerio encabezado por el conde de la Alcuía en octubre de 1832, el nuevo gabinete procedió a una amplísima depuración de cuantos mandos pudieran ser sospechosos de carlismo (que no de absolutismo, puesto que el propio Zea era entonces absolutista), aspecto sobre el que puede verse BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso: *La Primera Guerra Carlista*. Madrid, Actas, 1992, pp. 20-37.

¹² FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, Fernando, marqués de Mendigorria: *Mis memorias íntimas*. Madrid, Atlas, 1966, tomo I, p. 114, Son nuestras tanto las mayúsculas como la cursiva con que hemos destacado el nombre de O'Donnell.

¹³ PIRALA: *Op. cit.*, tomo IV, p. 246, cuando procede a hacer un breve resumen biográfico dice que aunque su familia estaba a favor de Don Carlos “su honor y sus convicciones le impulsaban a defender la libertad”, pero no hay ningún motivo para pensar que pudiera estar mejor informado que Córdova. Tampoco creemos que lo estuviera CASTILLO, Rafael del: *Historia de la vida militar y política del Excmo. Sr. Capitán general D. Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena, vizconde de Aliaga, duque de Tetuán, & &*. Madrid-Cádiz, Jesús Gracia editor, 1860, p. 111 cuando afirma que “sacrificando sus afectos de familia, rompiendo todos los vinculados a la sangre, ofreció desde luego la espada al trono constitucional”, entre otras cosas porque el trono de Isabel II no fue dudosamente constitucional hasta 1834, y plenamente constitucional hasta 1836. Este mismo autor afirma más adelante, al referirse a su sublevación

momento del conflicto cambiaría de ideas, aunque el momento no es fácil de fijar, pues volviendo al marqués de Mendigorria sabemos que todavía a mediados de 1835 se consideraba absolutista, pues el mismo describe la sorpresa que le produjo dar a sus soldados del batallón de Aragón el grito de “¡Viva la libertad!” para tratar de animarlos en un momento comprometido del combate: “no estando entonces en mis opiniones”.¹⁴

Al comenzar a narrar los hechos de su biografía del año 1833, escribe Chamorro Baquerizo: “En este año empieza el interés de la biografía de Don Leopoldo O’Donnell, por la serie numerosa de distinguidos servidos que contrajo, y le elevaron en menos de seis años a desempeñar el primer cargo que hay en la milicia, cual es el de general en jefe de un ejército.”¹⁵ Y a decir verdad bien podía haber escrito esto al comenzar el año 1834, pues aunque el biógrafo trate de darle cierto empaque, lo cierto es que poco hubo de interés en la actuación personal de Leopoldo O’Donnell en 1833. Al comenzar la guerra su batallón de la Guardia se encontraba en Barcelona, de donde pasó al bajo Aragón con motivo de la sublevación de Morella, plaza de la que pasó a cierta distancia antes de que fuera conquistada por otra columna isabelina.¹⁶ La columna de la que formaba parte O’Donnell participó en la persecución de los que huían, y tras ello se dirigió a Zaragoza, donde penetró antes de que concluyera el año.

En febrero de 1834 forma parte de una brigada que al mando del general Linares de Butrón se destina a las cinco villas de Aragón y recibe el mando de 180 granaderos de la Guardia. El 24 de abril, en Lumbier, participa en un combate frente a las tropas carlistas que se resuelve gracias a una carga de sus granaderos, al frente de los cuales participa en varias acciones hasta que pocas semanas más tarde fue gravemente herido en Erice, combate en el que se distinguió extraordinariamente, obteniendo la cruz laureada de San Fernando de segunda clase y una herida que le mantuvo alejado cerca de un año de los campos de batalla. En junio o julio de 1835, según la biografía que se consulte, pero pareciendo más lógica la primera de estas fechas por los sucesos que tendrán lugar a continuación, O’Donnell fue ascendido, “por riguroso orden de antigüedad” (en lo cual todos concuerdan), a segundo comandante de la Guardia Real. Destinado a su cuarto regimiento tiene la

en Pamplona en 1841 que: “Era monárquico puro y no había podido ver sin disgusto que la regencia del reino pasaba a una persona extraña con perjuicio de la Reina madre.” (p. 263).

¹⁴ FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, *Ibidem*, p. 104.

¹⁵ CHAMORRO: *Op. cit.*, p. 227.

¹⁶ Una detallada relación de estos sucesos puede verse en SOTOMAYOR, Blas de: *Exacto diario histórico e itinerario de las operaciones sobre Morella*. Barcelona, imprenta de la viuda e hijos de Gorchs, 1834, donde queda en evidencia la escasa preparación militar de los alzados, cuyo vestido “era el traje de los llanos de Valencia, sin observarse uniforme alguno.”

suerte de que las bajas han sido tales que al frente del mismo hay un primer comandante (normalmente hubiera habido un coronel o un brigadier), lo que explica que obtenga de inmediato el mando de un batallón, el segundo, en vez de quedar en un puesto subalterno.¹⁷ El 4 de julio, según cuenta Castillo, O'Donnell participó en una acción contra los carlistas en los alrededores de Llodio, donde hizo frente a tropas superiores al mando de tres compañías de cazadores, episodio que fue observado por el general Córdova, entonces el frente del ejército, “quien le tributo los más reiterados aplausos.”¹⁸

El 16 de julio O'Donnell se distingue cargando a la cabeza de sus hombres contra el centro del enemigo en la batalla de Mendigorria, siendo ascendido por su comportamiento al empleo de teniente coronel mayor vivo y efectivo. El 2 de septiembre descuella en los Arcos, y el 17 de octubre lo hace nuevamente en una peligrosa retirada, por lo que fue citado por Córdova en la orden del día. Al igual que otros oficiales de la Guardia, de esa Guardia formada por el conde de España que tanto alaba Córdova en sus *Memorias íntimas*, O'Donnell demuestra repetidas veces ser un oficial de extraordinaria bravura, y tiene la suerte de sobrevivir a un tipo de guerra en que caen, de uno y otro lado, muchos de sus antiguos compañeros de armas. A finales de noviembre el 4º regimiento de la Guardia es destinado a Madrid, y O'Donnell, que no desea abandonar el ejército del Norte, dejó su batallón, asumiendo, ya como coronel, el mando del regimiento de Gerona en 1 de enero de 1836. Además se le encarga el mando de la brigada que dicho regimiento formaba junto al de Mallorca, mando sin duda llamativo para quien acababa de ser promovido a coronel, y que da cuenta de hasta qué punto contaba con la confianza del general Córdova. También mereció el aprecio de Espartero, que por su actuación el 19 de marzo en la acción de Unzá, en que cubre la retaguardia y rechaza victoriosamente al enemigo, le propone para brigadier, nombramiento que recibe con antigüedad de ese mismo día. Poco tiempo, sin embargo le quedaba de actividad, pues tras derrotar a los carlistas en Miñano Mayor el 16 de abril, haciendo 46 prisioneros, el 21 de mayo es herido cuando toma las alturas situadas sobre el pueblo de Galaretta, acción por la que mereció la cruz de San Fernando de tercera clase y las correspondientes heridas, que de nuevo le mantuvieron cerca de un año alejado de las operaciones, y a cuyas secuelas se añadió un ataque de tifus por el que los médicos llegaron a desahuciarle.¹⁹ Sus dolencias pudieron sin embargo tener también un aspecto positivo para él, pues no se vio obligado

¹⁷ CHAMORRO: Op. cit., p. 228.

¹⁸ CASTILLO: Op. cit., p. 130.

¹⁹ CHAMORRO: Op. cit., p. 208. La numeración de la biografía incluida en el *Estado Mayor General* presenta algunas inconsistencias, debido a que cuando se imprimió iba a ser incluida

a declararse expresamente a favor o en contra de la Constitución de 1812, implantada tras la *sargentada* de la Granja, y una de cuyas consecuencias fue la dimisión y pase a Francia del general Córdova.

Contra la opinión de los facultativos O'Donnell se incorporó de nuevo al ejército a principios de mayo de 1837, y fue nombrado jefe de una brigada que en el mes de mayo participó en la toma de la línea de Oriamendi y en la conquista de Hernani, Irún y Fuenterrabía, acción liderada por el general inglés Lacy Evans y su legión británica, que así se tomaba el desquite de su derrota anterior en Oriamendi, y que se vio notablemente facilitada por la concentración en Estella de las tropas carlistas que estaban a punto de abandonar las Provincias para emprender la expedición Real.²⁰ La euforia que estos éxitos llevaron al campo cristino fue tan grande que Espartero dio el 19 de mayo una proclama a los carlistas ofreciéndoles la paz en unos términos muy parecidos a los que luego tuvo el convenio de Vergara: se reconocerían los grados de los militares que se presentasen al frente de las fuerzas a su mando, uno menos al que lo hiciesen sin ellas, y el que tenían antes a los procedentes del ejército isabelino, y se aseguraba la conservación de los fueros.²¹ Los hechos no tardarían en desmentir tanto optimismo.

Llegamos ahora a un hecho de la biografía de O'Donnell que creemos merece la pena resaltar: su actuación en el gracias a él casi olvidado motín de Hernani.

Desde el principio de la guerra no habían faltado ocasiones en que la insubordinación, generalmente alentada por motivos políticos, había hecho acto de presencia en el ejército isabelino. Entre las algaradas más destacables cabe señalar la que costó la vida, el 18 de enero de 1835, al general Canterac, capitán general de Madrid; las que en el verano de dicho año presionaron para la entrada de Mendizábal en el ministerio, y las que en el de 1836 culminaron con la proclamación de la Constitución de 1812, entre cuyas víctimas estuvo el general Quesada, también capitán general de Madrid, y antiguo jefe de los realistas durante el Trienio Constitucional.

Más desapercibidas han pasado las conmociones que tuvieron lugar durante el verano de 1837, pues no dieron lugar a ningún cambio de gobierno, pero que son buena prueba de hasta qué punto se hallaba al borde del colapso el ejército liberal. Así lo recoge Chamorro Baquerizo al llegar a este punto de su biografía de O'Donnell: "Puede decirse que vamos a ocuparnos

en el tomo correspondiente a tenientes generales, pero finalmente lo fue en el de capitanes generales, pues fue ascendido inmediatamente antes de su publicación.

²⁰ Por su participación en estos hechos Evans le propuso para la gran cruz de Isabel la Católica, con la que fue agraciado.

²¹ PIRALA: *Historia de la Guerra Civil*, 3ª ed, tomo II, pp. 595-598.

del período más crítico que recorrió la causa de la Reina, y los hechos lo comprueban demasiado: a la vez que D. Carlos, a la cabeza de una numerosa expedición recorría una parte de las provincias españolas, y llegaba hasta las puertas de Madrid, el espíritu de indisciplina de nuestras tropas, producía el escándalo de las sublevaciones de Hernani, Miranda de Ebro y Pamplona; lamentables circunstancias en que generales distinguidos, y encanecidos en el servicio, eran heridos o muertos por las propias huestes de su mando.”²²

No deja de ser curioso, cuando se cotejan las fuentes, observar las discrepancias que existen sobre los sucesos acaecidos en Hernani el 4 de julio de 1837 según los hechos se expliquen desde la perspectiva del conde de Mirasol, del general Rendón, o del general O'Donnell, diferencias en cualquier caso lógicas, pues todos trataban de poner a salvo su posible responsabilidad.²³ Según la biografía de Rendón existía gran descontento entre la tropa por no haber recibido sus sueldos desde hacía varios meses, pero en la ronda que efectuó a las cinco de la tarde no encontró mal espíritu, pues los soldados tan sólo se quejaban de no tener tabaco para fumar, y estaban seguros de que cobrarían tan pronto como llegase dinero. Sin embargo, a las ocho de la tarde, media hora después de la puesta del sol, tuvo noticias de que las compañías de preferencia del regimiento de la Princesa se habían negado a formar cuando se lo mandó un ayudante, al que habían apaleado cuando trató de hacerse obedecer. Rendón mandó que las tropas formaran, y acompañado de los brigadieres O'Donnell y Barrenechea compareció delante de las compañías de preferencia del primer batallón de la Princesa, que parecían ser las más insubordinadas, y con una serenidad pasmosa logró imponerse, haciendo que el ayudante reconociera al primer soldado que le había ofendido, al que hizo acompañar de otros cuatro, elegidos por sorteo, con el propósito de fusilarlos como escarmiento. Cuando todo parecía controlado se produjo la llegada a Hernani del general conde de Mirasol, quien habiendo recibido noticias vagas de lo que estaba ocurriendo no tuvo mejor idea que hacer que Rendón se le presentase de inmediato a informarle de todo. Una vez lo estuvo, Mirasol decidió actuar por su cuenta, y sin aprovechar la labor ya realizada por Rendón, compareció ante la compañía de cazadores del segundo batallón de la Princesa, sobre la que creía tener especial ascendiente, con el propósito de ser él quien restaurara la disciplina. Los soldados

²² CHAMORRO: *Op. cit.*, pp. 208-209.

²³ Tal vez lo más sorprendente sea ver la diversa visión que de estos hechos da Chamorro, según la biografía que escriba sea la de O'Donnell o la de Rendón, pues en el caso de la de Mirasol se pasa como sobre ascuas al llegar a este tema. Cierto es que la biografía de Mirasol es en esta obra de mucha menor extensión que las dos citadas anteriormente. En las biografías de Rendón y O'Donnell, además, se colocan los hechos en fechas distintas, pues en la última se sitúan, equivocadamente, el 16 de julio.

se negaron a obedecerle, y abrieron fuego contra él, matando a uno de sus ayudantes y dejando gravemente herido al general Rendón, que tuvo que ser llevado al hospital, y a otros varios soldados y oficiales.²⁴

Al oír los tiros O'Donnell mando llamar a las tropas del regimiento de Gerona, sobre las que tenía ascendiente debido a haber estado al frente de las mismas, y aunque consiguió que no se insurreccionaran no debió quedarle demasiado claro si podía contar con ellas para atacar a sus compañeros de armas. Quien sí estaba dispuesto a hacerlo era la artillería de la legión británica, en cuyas filas se había refugiado el conde de Mirasol. La escena podría haber terminado con un baño de sangre si no fuera por el valor de O'Donnell, que se ofreció a Mirasol para entrar en las filas de los amotinados y hacerles deponer su actitud, y que logró convencerles de que depusieran las armas, obligándoles a pedir disculpas al conde: "Largo y difícil de repetir sería mi raciocinio con ellos —escribiría el conde en su *Manifiesto*— sin poder decir a V.E. que quedé satisfecho del resultado, pero aún más difícil sería expresar la conducta valiente, noble y discreta que observó el brigadier O'Donnell, a cuyos talentos y bravura debe la patria, en tan crítica situación, una recompensa digna de la heroicidad con que presentaba su pecho para que le tirarán."²⁵ Además de valor, O'Donnell puso aquí en evidencia el gran prestigio que gozaba entre la tropa, pues no hay que olvidar que en los meses siguientes fueron varios los generales que perecieron víctimas de revueltas de la soldadesca, entre los que cabe destacar al conde de Sarsfield, virrey de Navarra; al general Ceballos Escalera, comandante del regimiento provincial de Segovia; al gobernador militar de Vitoria, etc... Espartero, que en octubre concentraría al ejército en Miranda de Ebro para delante de sus filas pasar por las armas a los responsables de la muerte de Ceballos, pidió por su comportamiento en Hernani que se nombrara a O'Donnell mariscal de campo, grado que le fue concedido en 27 de diciembre de 1837, aunque con antigüedad del mes de julio.²⁶

Tras varias acciones victoriosas contra los carlistas, el 1 de septiembre O'Donnell fue nombrado comandante general del cuerpo de ejército de la costa de Cantabria, puesto en el que sustituyó al general Jáuregui, que renunció por enfermedad. Al hablar de la campaña que se desarrolló a continuación, los biógrafos de O'Donnell destacan el descontento que existía en

²⁴ CHAMORRO BAQUERIZO: *Estado Mayor General*, Tomo II, sección de tenientes generales, pp. 211-212.

²⁵ CASTILLO: *Op. cit.*, pp. 156-157; PIRALA: *Op. cit.*, 2ª ed., tomo IV, p. 445. Eso sí, tal y como se quejaría Rendón en el cuaderno que dejó escrito sobre el tema y que Chamorro tuvo ocasión de consultar, no se tomó ninguna medida contra quienes habían protagonizado el motín.

²⁶ PIRALA: *Op. cit.*, tomo IV, p. 502; CHAMORRO: *Op. cit.*, p. 209.

el ejército, que al parecer sólo había cobrado dos de sus pagas en los últimos quince meses, pese a lo cual O'Donnell decidió pasar a la ofensiva, conforme a las órdenes que había recibido.²⁷ Pese a todo su campaña comenzó con buenos auspicios, pues el 8 de septiembre, al frente de una columna hispano-inglesa, ocupó Urnieta y Andoain, donde comenzó a fortificarse. “Al avanzar los liberales fueron quemando los caseríos, resultando unos ciento veintiséis, que dejaban mayor número de familias sin hogar; teniendo los ingleses la mayor parte en estos incendios. El que sus habitantes hubieran abandonado sus casas, no justificaba su quema: será esta ley de guerra, pero habremos de convenir que es ley bárbara, inhumana, y el hecho de quemar tanto caserío, aislados de casi todos, infundió en los guipuzcoanos odio y rencor.”²⁸

Pese a que Uranga, que había quedado al frente del ejército carlista durante la expedición real, suele ser presentado por la mayor parte de los historiadores como altamente incompetente, sin duda por pertenecer al sector más ultra del carlismo, lo cierto es que su mando difícilmente pudo ser más exitoso. Al tener noticia de la incursión de O'Donnell, y pese a disponer de fuerzas muy inferiores, decidió, tras consultar a los jefes de las unidades, asaltar las posiciones de Andoain, que amenazaban el corazón del país carlista, para evitar que pudieran ser fortificadas por los isabelinos.²⁹ El movimiento envolvente que diseñó al efecto fue un completo éxito, y pese a los esfuerzos de O'Donnell la acción fue para él un completo y sangriento fracaso: “No se daba cuartel, porque los paisanos que habían perdido sus casas, mezclados con los soldados, vengaban matando el incendio de sus hogares y gritaban: *esdá cuartelic sú ematendubenentzat* (no se da cuartel a los incendiarios). [...] Seiscientos veinte muertos liberales se hallaron en el espacio de una legua de longitud por media de latitud; siendo las dos terceras partes ingleses, inhumanamente sacrificados algunos de estos que se obstinaron en permanecer en la iglesia: se salvaron pocos heridos, y se hicieron ciento catorce prisioneros españoles. O'Donnell logró salvarse en caballo ajeno y sin tricornio.”³⁰

Del grado hasta el que había llegado la animadversión de los carlistas hacia las tropas de O'Donnell, debido a los caseríos que habían quemado

²⁷ CHAMORRO, *ibidem*.

²⁸ PIRALA: *Op. cit.*, p. 248.

²⁹ De hecho tras la derrota isabelina fueron los carlistas los que procedieron a fortificar Andoain, como puede verse en: MORAZA BAREA, Alfredo, BUCES CABELLO, Javier y GARCÍA DALMAU, Miren: “Las fortificaciones de época carlista en Andoain”, en *Leyçaur: Andoain-go ikerketa historikoen aldizkaria = revista de estudios históricos de Andoain*, núm. 12, 2012, págs. 9-82.

³⁰ PIRALA: *ibidem*, p. 250.

en su marcha, da buena cuenta el libro de Actas de la Diputación a Guerra de Guipúzcoa, donde al tener noticia de la victoria se dan la más rendidas gracias a Uranga y se le felicita cordialmente “por la victoria más completa obtenida el día de ayer contra el monstruo O’Donnell.”³¹

El episodio fue también recogido por los siguientes versos, cuyo original estaba en euskera:

Ahí está Urnieta
no quedan más que las paredes
malamente quemadas
Con el general O’Donnell
al mando
el fanfarrón iba
quemando las casas...
de alguna forma ese señor
no se mal espantará
perderá su boina y
se irá para Hernani
Perdió la boina
y también el caballo
cogiendo el de otros
regresó, presuroso;
creyendo que mentía
he dicho la verdad
es tan gran traidor
como cobarde.
El día de Santo Tomás,
a las diez y media,
no estaba muy tranquilo
en Ategorrieta.
Con el pecho oprimido y ensuciados los calzones
Ahí se ve lo cobardes
que son los negros.

³¹ Archivo General de Guipúzcoa, Actas de la Diputación a Guerra, 15 de septiembre de 1837. En el acta del día siguiente se recoge un extenso relato de la acción escrito por el comandante de los tercios realistas del séptimo distrito. También se da cuenta de un oficio de Uranga en que se destaca el papel jugado en la victoria por los naturales armados, “que con un entusiasmo y decisión dignos de imitarse concurren también a la acción presentándose al frente del enemigo.” Al regresar a las Provincias don Carlos creó una cruz de distinción para premiar a cuantos habían tomado parte en la batalla.

No era mala la ayuda
 además de Navarra.
 Sin ser más que
 un sólo batallón
 y sin hacer ningún tiro,
 a bayoneta calada.
 Se asustan con facilidad
 los cobardes o...³²

Da la resonancia que tuvo esta acción en el contexto de la guerra es fácil hacerse idea si se tiene en cuenta que es una de las pocas que cita Piralá en el “discurso preliminar” con que da comienzo su monumental *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista*: “Queda Uranga en tanto al frente de las Provincias, y triunfa en Andoain con pocas fuerzas contra O'Donnell.”³³ Es más, en nuestros días aún se recuerda esta batalla, pues en Andoain lleva varios años efectuándose una recreación de la misma, en cuya última edición participaron ciento cincuenta voluntarios.³⁴

No supuso, sin embargo, esta derrota ningún revés para la brillante carrera militar de O'Donnell, pues no había jefe isabelino, comenzando por Espartero, que no hubiera sufrido algún desastre frente a las tropas legitimistas. Chamorro, que pasa rápidamente sobre estos hechos y no da excesivos detalles de la magnitud de la derrota, atribuye la misma a “el lamentable estado de indisciplina de las tropas”, y añade: “semejante principio de disolución, fue sin embargo, corregido al poco tiempo por el brigadier

³² El término negro utilizado en la composición era usado por los carlistas para designar a los liberales. Las estrofas 1 y 4 han sido tomadas de BAROJA, Pío: *Obras Completas*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1984, tomo IV, pp. 75-76. Las estrofas 2, 3 y 5 proceden del artículo del barón de Montevilla titulado “La batalla de Andoain en 1837”, copia del cual se conserva en el archivo de la Diputación de Guipúzcoa. En este último la composición aparecía únicamente en vasco, y debemos su traducción a José Manuel Egaña. La estrofa 1 y la 4 sólo aparecen en Baroja, mientras que la 5 esta únicamente en la obra de Montevilla. Las estrofas 2 y 3 aparecen en ambas fuentes, si bien se trata de versiones ligeramente diferentes. Según Montevilla, esta composición debía ser obra de algún carlista navarro de la montaña. Una tercera versión, creemos que completa, aparece en LECUONA, M: “Cartas andoaindarras de la primera guerra carlista”, *Boletín de la Sociedad Vascongada de Amigos del País*, 1962, págs. 407-408. En su opinión debieron ser compuestos por algún vate popular de entonces, “al parecer de la contornada del Bidasoa, según las formas dialectales que emplea, quizás por el gamoso Ardotx de Oyarzun, que en su tiempo -entre las dos guerras carlistas- competía con Xenpalar en las justas bertsolarísticas entre Rentería, Oyarzun y Astigarraga”. Esta versión no empieza con los versos a Urnieta, lo que puede deberse tanto a una omisión como al hecho de que en realidad estos primeros versos correspondiesen a una de las canciones de Muñagorri, que comienza con una descripción de Urnieta, y Baroja los incluyese aquí por error.

³³ PIRALA: *Op. cit.*, tomo I, p. XII.

³⁴ *El Diario Vasco*, lunes 18 de septiembre de 2017.

O'Donnell, que poniendo en ello sus conatos, aunque bajo el sistema de aplicación de castigos tan oportunos como severos, vio llegado el momento de poder presentar con confianza sus fuerzas frente al enemigo.”³⁵

Los laureles de O'Donnell no tardaron en reverdecir, pues el 21 de octubre llevaba a sus hombres a Guetaria a bordo de vapores de la mariana de guerra inglesa, y ocupaba el pueblo dejando una guarnición para evitar que fuera recuperado por los carlistas. Una vez ascendido a mariscal de campo Espartero pidió que continuase como comandante general de Guipúzcoa, pues “se ha ganado el amor de los habitantes, la veneración de sus subordinados como el terror de los enemigos, y mi entera confianza.” Diversos golpes afortunados, entre los que se encuentra la destrucción del fuerte carlista de Vera en el mes de febrero, jalonaron su campaña de 1838, batiendo además un par de veces a los carlistas en las inmediaciones de Oyarzun. No por ello, sin embargo, pudo conseguir que mejorara la situación de sus tropas, pues como el 7 de junio escribió a Espartero desde San Sebastián desde mayo no se le había librado ni un solo real para sus hombres, y hacía un año que era raro el mes en que pudo dar a los soldados más de un quinto de la paga, siendo también de destacar que sus tropas llevaban un par de meses sin calzado y estaban muy mal de vestuario, hasta el punto que había soldados que no podían hacer el servicio debido a su estado de desnudez, careciendo la mitad de ellos de camisa. El resultado de todo ello era que si bien se conservaba la disciplina era visible la deserción que había tanto a Francia como al ejército carlista, por lo que no pudiendo responder de las consecuencias de tanta miseria O'Donnell presentó su dimisión a Espartero, que optó por remitir sus quejas al gobierno, aumentándolas con las suyas propias. Por lo que a la dimisión se refería su respuesta fue como sigue: “como general en jefe le excito a Vd. A que me acompañe en el sacrificio, y como amigo se lo ruego, pues que bien conoce Vd. Que no tiene quien lo sustituya por ahora, ni quien le merezca mayor confianza a su apasionado seguro servidor y amigo.-Baldomero Espartero.”³⁶

A finales de 1838 la guerra en el Norte se fue endureciendo, hasta el punto que O'Donnell publicó un bando para expulsar de las poblaciones de Guipúzcoa ocupadas por los isabelinos a todos los padres y madres que tuvieran hijos sirviendo en las filas carlistas y embargar y vender sus bienes, no permitiéndoles llevarse más que la ropa que usasen, aunque aclarando que se les devolverían sus propiedades, si aún no se hubiesen vendido, en el caso de que regresasen con el hijo o hijos que tuviesen en el campo carlista:

³⁵ CHAMORRO, *Op. cit.*, p. 209.

³⁶ PIRALA, *Op. cit.*, tomo IV, pp. 534-535.

“algunas familias se expulsaron –cuenta Pirala-, pero fue mayor el número de los carlistas que regresaron a sus casas por no causar la ruina de sus padres, lo cual produjo la comunicación que el 23 de diciembre dirigió Iturriza al ministro para que dictase una providencia ‘fuerte, enérgica y vigorosa que evitase las funestas consecuencias que preveía’”.³⁷

Sin embargo, y ante su insistencia en dejar el mando de Guipúzcoa y pasar al ejército de operaciones que actuaba directamente a las órdenes del conde de Luchana, O'Donnell recibió a finales de diciembre instrucciones para incorporarse al ejército del Norte y encargarse del Estado Mayor. El 7 de enero de 1839 se unió al cuartel general en Haro, y trabajó en la preparación de la ofensiva que se pensaba llevar a cabo contra los carlistas en primavera. El 27 de abril se distingue en las operaciones sobre las posiciones defensivas que los carlistas ocupaban en torno a Ramales, asumiendo el mando de una brigada, y el 8 de mayo rechaza un contrataque enemigo que puso fin a la defensa. El 10 participa en el asalto de Guardamino, donde recibió una fuerte contusión que le hizo permanecer quince días en cama una vez hubieron terminado las operaciones, y que no le impidió distinguirse el día 11 en un asalto sobre sus posiciones exteriores que le valió la gran cruz de San Fernando.

Es muy frecuente, al hablar de la Primera Guerra Carlista, fijarse fundamentalmente en el Norte de España, considerando que los otros escenarios de la misma son secundarios. Sin embargo, desde mediados de 1838, con la entrada del conde de España en Cataluña y la derrota de Oráa en su intento de recuperar Morella, el peso de las operaciones había pasado en gran parte al Levante español, donde frente al estancamiento que habían tenido las operaciones en el Norte hasta la primavera de 1839, se había producido un importante avance de las tropas legitimistas.³⁸

La preocupación era tal en el gobierno isabelino que en fecha tan avanzada como el 22 de junio, y cuando las negociaciones que debían llevar al convenio de Vergara estaban ya muy avanzadas, el general Alaix, ministro de la Guerra, se dirigió a Espartero manifestándole la necesidad de enviar al ejército del Centro un jefe competente para que se hiciese cargo del mando:

Hoy, de acuerdo en el Consejo y por encargo especial de S. M., se le hace a vd. este extraordinario para que vd. nombre la persona que haya de encargarse de aquel ejército; *yo no veo otro que O'Donnell*, y si vd. accede creo que desempeñaría bien el cargo de jefe de Estado

³⁷ PIRALA, *ibidem*, p. 592. Iturriza era el comandante general carlista de Guipúzcoa.

³⁸ Cfr. BULLÓN DE MENDOZA: *La Primera Guerra Carlista*, pp. 339-387.

Mayor, bien el brigadier Concha, que podría promoverse a general, o cualquier otro que vd. designe.

Si no se acude pronto, la campaña de vd. se la lleva el diablo, pues la tropa del ejército del Centro, que es más que suficiente, bien mantenida, regularmente vestida y bien armada, está tan amedrentada y abatida que su desertión cunde, sin que haya un diablo que lo contenga con mano fuerte.

[...] S. M. desea con ansia la vuelta de este extraordinario, y que la saque vd. del cuidado en que está por las tropas del ejército del Centro; en fin, desea que vd. les nombre general en jefe, y que vd. lo dirija también en lo posible, y que su general sea el hombre de la confianza de usted.³⁹

En virtud de tan angustiosa petición, a la que Espartero dio su asentimiento, el 28 de junio de 1839 Leopoldo O'Donnell fue nombrado para el mando superior del ejército del Centro, ofreciéndole, según cuenta Chamorro y han recogido todos los autores posteriores, que el puesto fuese acompañado del nombramiento de teniente general, a lo que el interesado se negó pidiendo que no se verificase “en tanto no fuese justificado por nuevos servicios sobre el campo de batalla.”⁴⁰

De la premuera con que se afrontaba el tema es buena prueba que el 3 de julio O'Donnell hacia su entrada en Zaragoza y recibía el mando de manos del enfermo general Noguerras, el mismo que cuatro años antes había ordenado fusilar a la madre de Cabrera. “Después de cubrir las guarniciones de Zaragoza, Valencia, y otros muchísimos pueblos fortificados, tenía el ejército del Centro veintidós batallones, cuatro regimientos de caballería, dos baterías rodadas (que estaban casi siempre en Valencia o Zaragoza por no poder emplearse en esta clase de guerra) y una batería de montaña (que algunos meses después se aumentaron hasta tres.”⁴¹ Si tenemos en cuenta

³⁹ PIRALA: *Op. cit.*, tomo V, pp. 312-313. La cursiva es nuestra.

⁴⁰ CHAMORRO, *Op.cit.*, p. 211. Chamorro saca a su vez el dato de la *Memoria* de O'Donnell de la que hablamos a continuación.

⁴¹ NAVARRO Y RODRIGO, Carlos: *O'Donnell y su tiempo*. Madrid, imprenta de la biblioteca universal económica, 1869, p. 17. Copio el texto de esta obra porque su autor afirma, en la página 14, que “Teniendo en nuestro poder la única Memoria autógrafa que de su vida ha dejado el ilustre General, y que se refiere precisamente a la campaña que hizo al frente del ejército del Centro, sería una profanación mutilarla y no insertarla íntegra en nuestro libro [...] El documento no puede ser más auténtico, porque todo él está escrito de su propia mano, ni, por lo tanto, más interesante y curioso para la posteridad.” Suponemos que dicha *Memoria* será la que se inserta en los apartados VI-X de la citada obra, pero lamentablemente aporta mucho menos de lo que cabría esperar, pues es evidente que O'Donnell la puso en su día a

todas las fuerzas que O'Donnell omite, el ejército del Centro contaba con 31.556 hombres de todas armas, y una brigada de refuerzo que había llegado del ejército del Norte, a los que Cabrera podía oponer algo más de veinte mil, una proporción sin duda mucho más favorable a los carlistas que la que se daba en el Norte de España.⁴² La moral de la tropa estaba bajo mínimos ante los continuos reveses experimentados, y se hizo preciso tomar medidas extraordinarias para evitar la continua desertión al enemigo, llegando a prohibirse que los soldados de algunas unidades salieran de paseo fuera de las poblaciones que ocupaban.⁴³

En prácticamente todos los escenarios principales de la guerra era frecuente que los isabelinos mantuviesen alguna población de importancia dentro de los territorios controlados por los carlistas. En el caso del Norte, donde Bilbao y San Sebastián son el ejemplo más claro, los suministros se resolvían habitualmente sin grandes dificultades por vía marítima. En Cataluña había que organizar periódicamente un gran convoy para avituallar a Solsona, convoy que, como es lógico, solía ser hostilizado por los carlistas tanto a la ida como a la vuelta. En el Maestrazgo una de las posiciones que necesitaba de estos auxilios periódicos era Lucena. A ella acababa de llegar una columna de cinco batallones al mando del general Aznar, que al no observar carlistas en los alrededores dividió sus fuerzas, dejando dos en la plaza y enviando los tres restantes y la caballería a Alcora, con el propósito de reunirse a la mañana siguiente, lo que no pudo verificar por interponerse durante la noche del 25 de junio numerosas fuerzas legitimistas. Al tener noticia de estos acontecimientos O'Donnell dio orden de concentrar todas las fuerzas disponibles, y se puso en marcha para salvar a los sitiados, a cuyo alrededor se iban concentrando también numerosas tropas carlistas, pues los víveres que se habían introducido, suficientes para mantener un par de meses a la pequeña guarnición de Lucena, podían como mucho alimentar durante veinte días a las fuerzas allí concentradas. O'Donnell tuvo noticia de estos hechos el 3 de julio, y el 14 había conseguido reunir en Castellón once batallones y ocho escuadrones, con los que logró romper el cerco de la plaza el 17.

disposición de Chamarro Baquerizo para la redacción del *Estado Mayor General del Ejército*, y aunque este autor no cita la procedencia de sus datos, en ocasiones la copia de forma prácticamente literal, como a su vez hace de él Pirala, como podrá comprobar quien se moleste en cotejar el texto que he reproducido con CHAMORRO, *Op. cit.*, p. 211 y PIRALA, *Op. cit.*, tomo V, p. 313.

⁴² No conocemos un estado de fuerzas de Cabrera para julio de 1839, aunque sí los de diciembre de 1838 y 1839, que nos sirven de guía para ofrecer una fuerza intermedia. *Cfr.* BULLÓN DE MENDOZA: *Op. cit.*, pp. 126 y 199.

⁴³ PIRALA: *Op. cit.*, tomo V, pp. 314.

Buenaventura de Córdoba, autor de una muy meritoria *Vida militar y política de Cabrera*, para cuya redacción pudo contar con numerosa documentación facilitada por este general, se complace en el tomo IV de su obra en contraponer los partes de O'Donnell y Cabrera sobre estos hechos, que como cabe suponer son muy diferentes, pues ambos se atribuyeron la victoria.⁴⁴ Para O'Donnell el combate supuso “humillar el orgullo de Cabrera, cuyas fuerzas ascendían a 15 batallones, 500 caballos y 2 piezas de lomo [...] Mi pérdida será de unos 200 hombres fuera de combate.”⁴⁵ Para los carlistas el general isabelino disponía de 13 fuertes batallones (lo que es correcto si incluimos a los dos sitiados) 4 compañías de carabineros, 1.100 caballos y cuatro baterías de montaña, frente a los 9 batallones cortos, 3 escuadrones y media batería, con un total de 4.150 hombres, que ellos alinearon en el campo de batalla. Las pérdidas confesadas fueron de 7 muertos y 116 heridos.

No parece, por tanto, que Lucena fuera la gran victoria para las armas isabelinas que hizo creer el parte publicado en la *Gaceta de Madrid*, pero si era la victoria que se necesitaba para que el ejército del Centro pudiera rehacerse de pasados desastres y, más allá de las fuerzas que unos y otros emplearan, y de las bajas que tuvieran, lo cierto es que las tropas de O'Donnell habían logrado salvar a los sitiados. Para O'Donnell la batalla supuso su ascenso a teniente general y, ocho años más tarde, el título nobiliario de conde de Lucena, por el que fue conocido hasta que la guerra de África le convirtió en duque de Tetuán.

El 1 de agosto O'Donnell se presentaba ante el castillo de Tales, situado a tres leguas de Castellón, y que logró tomar el día 14 a pesar de haberse presentado Cabrera con sus tropas para ayudar a la defensa. O'Donnell reconoce en su *Memoria* “setecientos hombres fuera de combate”, que en la *Gaceta* del 5 de septiembre se desglosan de la siguiente forma: 78 muertos, 503 heridos, y 134 contusos, mientras que los carlistas confesaron doscientos heridos y menos de sesenta muertos, a los que habría que añadir el comandante Villanueva, que estaba al frente de la guarnición y abandonó el castillo pese a tener terminantes órdenes en contra de Cabrera, que lo hizo fusilar.⁴⁶ Posiblemente las bajas isabelinas eran muy elevadas para lo que

⁴⁴ CÓRDOBA, Buenaventura de: *Vida militar y política de Cabrera*. Madrid, Imprenta y fundición de don Eusebio Aguado, 1844, tomo V, pp. 112 y ss.

⁴⁵ En la *Memoria* de O'Donnell reproducida por Navarro el número es ligeramente superior: 41 muertos y 240 heridos.

⁴⁶ La comparación de los partes de uno y otro bando puede verse en CÓRDOBA, *Ibidem*, pp. 120-123. Según recoge FLAVIO, E, conde de X.: *Historia de Ramón Cabrera*. Madrid, establecimiento tipográfico de G. Estrada, 1870, tomo I, pp. 639-640 un periódico liberal de la época valoraba esta acción en los siguientes términos: “Cabrera, dicen que ha tenido 700

se había conseguido (ocupar unas fortificaciones que se volaron y abandonaron), pero tenía razón O'Donnell en su *Memoria* cuando afirmaba “pero si no se compró sin sangre este triunfo, fue bien abatido el orgullo de los enemigos, que, en menos de un mes, sufrieron dos derrotas.” Ciertamente es que nada se dice en su *Memoria* del desastre sufrido, mientras él estaba asediando Tales, por la columna del coronel Ortiz, jefe de la columna de la Ribera, derrotado por Arévalo cuando efectuaba un reconocimiento sobre otro castillo fortificado por los carlistas, el de Chulilla, acción en la que según Pirala perdió setecientos hombres, que en su mayor parte quedaron prisioneros.⁴⁷ Si se menciona, sin embargo, otro desastre, el experimentado los días 1 y 2 de septiembre por la columna isabelina de Cuenca, copada en Carboneras por Cabrera, acción que concluyó con su completa destrucción, quedando en poder de los carlistas unos dos mil prisioneros. O'Donnell, sin embargo, señala que dichas tropas no dependían de él, y que había advertido expresamente de lo que les podía suceder.⁴⁸

Aunque cada caudillo tiene sus apologistas, no es fácil saber cómo hubiera acabado en condiciones normales el duelo entre O'Donnell y Cabrera. Lo cierto es que el 31 de agosto Maroto entregó a Espartero en Vergara la mitad del ejército carlista, y que quince días más tarde don Carlos y los hombres que le eran fieles se vieron obligados a abandonar el territorio vasconavarro y refugiarse en Francia. A partir de aquí el desenlace del conflicto era tan sólo cuestión de tiempo, pues gran parte del ejército isabelino del Norte pasaría a reforzar al del Centro.

En cualquier caso lo cierto es que a principios de septiembre la situación de este ejército no era buena, pues tal y como escribía O'Donnell el 9 de septiembre, las tropas de Aragón perdían setenta hombres diarios por enfermedad, y las fuerzas disponibles se hallaban muy reducidas como consecuencia de los combates de Lucena, Tales “y la desastrosa acción de Chulilla”, a lo que había que unir el desgraciado suceso acaecido a la brigada

bajas, y nosotros contamos 715. *Algunas* menos serían las de aquél y *bastantes* más las nuestras, si se tiene en cuenta que estos datos proceden del cuartel general del ejército del Centro.

Y ¿para qué? –Para tomar unos débiles torreones que después fueron volados por nosotros mismos.

Pues con muchas victorias como esta, bien pronto nos quedaremos sin soldados y convertida la patria en humeantes y ennegrecidos montones de ruinas.”

⁴⁷ PIRALA: *Op. cit.*, tomo V, pp. 282. GOEBEN, A. von: *Cuatro años en España. Los carlistas, su levantamiento, su lucha y su ocaso. Esbozos y recuerdos de la guerra civil*. Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1966 (la edición original es de 1841), p. 311, que combatió en esta batalla y hace una buena descripción de la misma, eleva el número de liberales prisioneros a 1.200, y afirma que dejó 71 muertos sobre el campo de batalla, mientras que las pérdidas carlistas, entre muertos y prisioneros, se redujeron a 120 hombres.

⁴⁸ Cfr. NAVARRO: *Op. cit.*, pp. 33-34.

de Cuenca.⁴⁹ Esta misma visión de que el ejército del Centro había quedado agotado como consecuencia tanto de sus éxitos como de sus derrotas la tenemos en dos militares alemanes que se encontraban en aquella época sirviendo en las tropas de Cabrera: von Rahden y von Goeben, cuyas consideraciones sobre los combates entre O'Donnell y Cabrera no carecen de interés.⁵⁰

Tras el Convenio de Vergara O'Donnell marchó a Aragón para entrevistarse con Espartero, que nombrado jefe de los ejércitos reunidos se dirigía hacia el Maestrazgo al frente de cerca de cincuenta mil hombres. O'Donnell fue nombrado segundo jefe del nuevo ejército y expuso al duque de la Victoria su convicción de que Cabrera evitaría un combate general, por lo que habría que desplegar las tropas para ocupar todo el país enemigo, protegido por numerosas fortificaciones. Las inclemencias de la estación, y la necesidad de procurarse buenos trenes de artillería, hicieron que la actividad fuera muy escasa hasta abril de 1840, en que dio comienzo una rápida campaña cuyos jalones más destacables, en lo que a O'Donnell se refiere, fueron la toma de Aliaga (15 de abril) y la de Alcalá de la Selva (30 de abril), tras las cuales la desmoralización en el bando carlista se hizo evidente, y pudo ocupar sin resistencia San Mateo, Benicarló, Alcanar, Categ y Uldecona.

Todavía tuvo ocasión O'Donnell, sin embargo, de batirse una vez más con Cabrera, aunque en condiciones muy distintas a las anteriores, pues no sólo sus tropas eran muy superiores en número, sino que además se daba el caso de que el general tortosino se hallaba gravemente enfermo y apenas se podía mantener encima del caballo. El encuentro tuvo lugar en La Cenia, el 20 de mayo, y como era habitual ambos ejércitos se atribuyeron la victoria, siendo casi imposible encontrar punto alguno de coincidencia entre los relatos de carlistas isabelinos, reconociendo O'Donnell 150 hombres fuera de combate, incluido su hermano Enrique, que estuvo a punto de morir como consecuencia de las heridas, y los carlistas 88, atribuyendo su estado mayor la diferencia de bajas (las cristinas las cifraba en 237), en el hecho

⁴⁹ En la época, en que hace ya varios años, consultamos esta documentación, su signatura era: Servicio Histórico Militar de Madrid, sección 2ª, leg. 62.

⁵⁰ RAHDEN, Wilhelm von: Cabrera. *Recuerdos de la guerra civil española*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013 (la edición original es de 1840), pp. 431-432 y ss. Para Rahden el éxito de O'Donnell en Lucena se debió a que seguía una táctica totalmente distinta a la de su predecesor: "dirigía todas sus fuerzas a un solo punto, rompiendo así la línea de los carlistas y logrando, aunque con grandes pérdidas, su objetivo. En los combates de masas los carlistas no están en modo alguno a la altura de los cristinos." La consecuencia negativa era que "todos los puntos secundarios eran desatendidos", lo que utilizó Cabrera en su contra cuando la acción de Tales. Por su parte GOEBEN: *Op. cit.*, pp. 315, afirma que: "O'Donnell quería vencer en todas partes por la fuerza de las masas, pues desconocía en absoluto la guerra irregular. Así conseguía desde luego su objetivo, pero siempre con pérdidas tan inmensas que, por este medio, toda ventaja equivalía a una derrota."

de haber combatido parapetados mientras sus oponentes lo hacían a pecho descubierto.⁵¹ Ambos contendientes se mantuvieron frente a frente hasta el día 30, en el que al tener noticia de la caída de Morella Cabrera se replegó hacia el Ebro, sin que O'Donnell le lograra impedir el paso del río. A partir de dicho momento O'Donnell quedó encargado por Espartero de acabar con las fuerzas carlistas situadas a la derecha del Ebro, campaña que completó en un plazo de veintidós días,⁵² y en la que conjugó el indulto a los carlistas que voluntariamente depusieran las armas, con el fusilamiento de quienes fueran hechos prisioneros con ellas en la mano, conforme al bando en este sentido que publicó el 8 de junio de 1840.⁵³

Tal vez más curioso que el fácilmente previsible fin de la campaña sea el lacónico texto con que termina su *Memoria*: “El general O'Donnell se dirigió al Bajo Aragón, y después de haberlo recorrido, así como el Maestrazgo, vino a Valencia a esperar la disolución de los ejércitos de operaciones, para hacer dimisión de las capitanías generales de Aragón y Valencia, y retirarse a la vida privada.”⁵⁴ La explicación tiene sin duda más que ver con el enfrentamiento entre la Regente y Espartero que con la Primera Guerra Carlista, motivo por el que detenemos aquí nuestro relato.

⁵¹ Como es en el costumbre CÓRDOBA, *Op. cit.*, tomo IV, p. 336-339 contrapone las diversas versiones, que se pueden complementar con la que aparece en la *Memoria* de O'Donnell.

⁵² CHAMORRO: *Op. cit.*, p. 237.

⁵³ PIRALA: *Op. cit.*, 3 ed., tomo III, p. 532.

⁵⁴ *Cit.* en NAVARRO: *Op. cit.*, p. 47.

BIBLIOGRAFÍA

- ALFARO, Manuel Ibo: *Apuntes para la historia de D. Leopoldo O'Donnell*. Madrid, Imprenta del indicador de los caminos de hierro, 1868.
- BALMES, Jaime: *Escritos políticos de D. Jaime Balmes. Colección completa, corregida y ordenada por el autor*. Madrid, Imprenta de la Sociedad de Operarios del mismo Arte, 1847.
- BAROJA, Pío: *Obras Completas*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1984, tomo IV.
- BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: *Auge y ocaso de Don Carlos. La expedición Real*. Madrid, Arca de la Alianza Cultural, 1986.
- : *La Primera Guerra Carlista*. Madrid, Actas, 1992.
- : “Nobleza y Milicia en la España Contemporánea”, en *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, núm. 89, 3/2015.
- CASTILLO, Rafael del: *Historia de la vida militar y política del Excmo. Sr. Capitán general D. Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena, vizconde de Aliaga, duque de Tetuán, & &*. Madrid-Cádiz, Jesús Gracia editor, 1860.
- CHAMORRO BAQUERIZO, Pedro: *Estado Mayor General del Ejército Español*, Madrid, R. Santacana, 1851-1854, 4 vols.
- CÓRDOBA, Buenaventura de: *Vida militar y política de Cabrera*. Madrid, Imprenta y fundición de don Eusebio Aguado, 1844, tomo IV.
- FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, Fernando, marqués de Mendigorriá: *Mis memorias íntimas*. Madrid, Atlas, 1966, tomo I.
- FLAVIO, E, conde de X.: *Historia de Ramón Cabrera*. Madrid, establecimiento tipográfico de G. Estrada, 1870, tomo I.
- GALLEGO, José Antonio: “Un nombre para la historia. Carlos Luis O'Donnell Joris”, en *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, núm. 20, 1992, pp. 31-42.
- GOEBEN, A. von: *Cuatro años en España. Los carlistas, su levantamiento, su lucha y su ocaso. Esbozos y recuerdos de la guerra civil*. Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1966.
- LECUONA, M: “Cartas andoaindarras de la primera guerra carlista”, *Boletín de la Sociedad Vascongada de Amigos del País*, 1962.
- MORAZA BAREA, Alfredo; BUCES CABELLO, Javier y GARCÍA DALMAU, Miren: “Las fortificaciones de época carlista en Andoain”, en *Leçaur: Andoaingo ikerketa historikoen aldizkaria = revista de estudios históricos de Andoain*, núm. 12, 2012, págs. 9-82.
- NAVARRO Y RODRIGO, Carlos: *O'Donnell y su tiempo*. Madrid, imprenta de la biblioteca universal económica, 1869.

- PIRALA, Antonio: *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista, segunda edición, refundida, y aumentada con la historia de la regencia de Espartero*. Se ha utilizado tanto la segunda como la tercera edición, señalándose de manera expresa en este último caso.
- RAHDEN, Wilhelm von: Cabrera. *Recuerdos de la guerra civil española*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013.
- SOTOMAYOR, Blas de: *Exacto diario histórico e itinerario de las operaciones sobre Morella*. Barcelona, imprenta de la viuda e hijos de Gorchs, 1834.